

Forja de vida cristiana *

Con alegría y agradecimiento a Dios, me dispongo a redactar unas líneas que sirvan de presentación a este nuevo libro de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei, a quien la Santísima Trinidad concedió el premio de su vida santa hace ya once años.

El origen de este libro, como el de *Camino y Surco* —obras de Monseñor Escrivá de Balaguer que componen con *Forja* una trilogía—, hay que buscarlo muchos años atrás, cuando el autor, sacerdote joven, sentía arder su alma en el deseo de llevar a término una misión divina, que el Señor le había confiado —de modo inequívoco y preciso— el 2 de octubre de 1928: proclamar a todos los vientos la llamada universal a la santidad en medio de las ocupaciones de la vida ordinaria, y abrir en la tierra la senda del Opus Dei, *camino de santificación en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano*, como reza la oración para la devoción privada al Siervo de Dios.

Fue una mañana de verano, la del 7 de agosto de 1931, día en que la diócesis de Madrid celebraba la fiesta de la Transfiguración del Señor. En unos apuntes manuscritos y datados en esa fecha, Monseñor Escrivá de Balaguer dejó anotada una experiencia mística de las muchas que el Señor le dispensaba por aquellos años. «Al encomendar mis intenciones a la Santa Misa —escribe—, me di cuenta del cambio interior que ha hecho Dios en mí, durante todos estos años de residencia en la ex Corte... y eso, a pesar de mí mismo: sin mi coo-

* Presentación a la primera edición de *Forja* (26-VI-1986).

peración, puedo decir. Creo que renové el propósito de dirigir mi vida entera al cumplimiento de la Voluntad divina: la Obra de Dios (Propósito que, en este instante, renuevo también con toda mi alma).

»Llegó la hora de la Consagración: en el momento de alzar la Sagrada Hostia, sin perder el debido recogimiento, sin distraerme —acababa de hacer *in mente* la ofrenda al Amor misericordioso—, vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: *et si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Ioann. 12, 32). Ordinariamente, ante lo sobrenatural, tengo miedo. Después viene el *ne timeas!*, soy Yo. Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas.

»A pesar de sentirme vacío de virtud y de ciencia (la humildad es la verdad..., sin garabato), querría escribir unos libros de fuego, que corrieran por el mundo como llama viva, prendiendo su luz y su calor en los hombres, convirtiendo los pobres corazones en brasas, para ofrecerlos a Jesús como rubíes de su corona de Rey»¹.

No podría hacerse una descripción mejor de esta obra del Fundador del Opus Dei que sale a la luz con carácter póstumo: *Forja* es un libro de fuego, cuya lectura y meditación puede meter a muchas almas en la fragua del Amor divino, y encenderlas en afanes de santidad y de apostolado, como era deseo de su autor, claramente reflejado en el prólogo: «tú...eres más que un tesoro, vales más que el sol: ¡toda la Sangre de Cristo! ¿Cómo no voy a tomar tu alma —oro puro— para meterla en forja, y trabajarla con el fuego y el martillo, hasta hacer de ese oro nativo una joya espléndida que ofrecer a mi Dios, a tu Dios?» (prólogo).

Forja consta de 1055 puntos de meditación, distribuidos en trece capítulos. Gran parte poseen un claro talante autobiográfico: son anotaciones escritas por el autor en unos cuadernos espirituales que, sin ser un diario, llevó durante los años treinta. En esos apuntes perso-

¹ J. Escrivá de Balaguer, 7-VIII-1931. Apunte manuscrito conservado en el Archivo General de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei.

nales, el Fundador del Opus Dei recogía algunas muestras de la acción divina en su alma, para meditarlas una vez y otra en su oración personal, y también sucesos y anécdotas de la vida corriente, de los que se esforzaba por sacar siempre una enseñanza sobrenatural. Como es característico de Monseñor Escrivá de Balaguer, que siempre huyó de llamar la atención, las referencias a situaciones y sucesos de carácter autobiográfico suelen aparecer narradas en tercera persona, y constituyen aproximadamente la tercera parte del libro. El resto de las consideraciones de *Forja* son enseñanzas repetidamente predicadas por el autor, de palabra y por escrito, durante los cuarenta y siete años que vivió en la tierra después de la fundación del Opus Dei.

El nervio del libro puede resumirse en esta afirmación: «La vida de Jesucristo, si le somos fieles, se repite en la de cada uno de nosotros de algún modo, tanto en su proceso interno —en la santificación—, como en la conducta externa» (n. 418).

La configuración progresiva con Jesucristo, que constituye la esencia de la vida cristiana, se realiza de modo arcano, pero real, por medio de los sacramentos², pero requiere el esfuerzo de cada uno por corresponder a la gracia: conocer y amar al Señor, cultivar sus mismos sentimientos³, reproducir su vida en la conducta diaria, hasta poder exclamar con el Apóstol: *vivo autem, iam non ego: vivit vero in me Christus*⁴, no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí. Éste es el programa —la santidad— que el Señor propone a todos, sin excepción de ningún tipo. «Fíjate bien —escribe en una de las primeras consideraciones de *Forja*—: hay muchos hombres y mujeres en el mundo, y ni a uno solo de ellos deja de llamar el Maestro.

»Les llama a una vida cristiana, a una vida de santidad, a una vida de elección» (n. 13).

Para alcanzar esta meta, el cristiano debe sostener una pelea continua contra todo lo que le pueda apartar de Jesucristo, su Divino Modelo. Una lucha constante —esforzada pero amable— contra el

² Cfr. Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 7.

³ Cfr. *Fil* 2, 5.

⁴ *Gal* 2, 20.

pecado, sostenida y alentada por la gracia, que llena el alma de paz y se resuelve en progreso espiritual. «Desagradete siempre lo que eres si quieres llegar a lo que aún no eres; porque donde encuentras agrado, allí te paraste», afirmaba San Agustín. Y añadía: «cuando digas: “es suficiente”, entonces perdiste. Añade siempre algo, camina continuamente, avanza siempre»⁵.

En este camino hacia la santidad no faltarán caídas y errores. Pero aun con esas evidentes miserias, en la vida de los discípulos fieles de Jesús se reproducen los trazos de la existencia terrena del Maestro: la unión con el Padre del Cielo, en la aparente monotonía de una existencia ordinaria; el desbordarse de ese amor en apostolado fecundo; los milagros —verdaderos portentos espirituales— que el hombre o la mujer fiel llega a obrar, si deja que Dios tome posesión plena de su alma; el amor a todos los hombres, especialmente a los más necesitados; la contradicción, la incompreensión tal vez de quienes mejor deberían comprenderle; la Cruz, que es morir a sí mismo por amor de Dios y del prójimo; la resurrección definitiva en la Gloria.

Este itinerario interior de progresiva identificación con Cristo viene a ser la trama de *Forja*. Camino bien conocido por la ascética cristiana, pero que, en este libro, nada tiene de teórico y menos aún de quimera inasequible. Las consideraciones recogidas en estas páginas son senda batida por millares de personas en todo el mundo, que procuran seguir —según el beneplácito divino— las huellas tan claramente marcadas por el Fundador del Opus Dei.

Pero *Forja* no es un manual de vida interior; nada más lejos de las intenciones de su autor, que tenía un respeto grandísimo por la libertad interior de cada persona. Porque, a fin de cuentas, cada alma sigue su propio camino, a impulsos del Espíritu Santo. Estos puntos de meditación son más bien *apuntes de viaje*, consejos paternos para quien resuelve tomar en serio su vocación cristiana.

Todo comienza en el momento irrepitible en que el Señor insinúa al alma su amor de predilección. Es el capítulo que Monseñor Escrivá de Balaguer titula *Deslumbramiento*, porque deslumbrados quedamos

⁵ San Agustín, *Sermo* 169 (PL 38, 926).

cada vez que, con claridad creciente, Dios nos ayuda a entender que somos hijos suyos, que hemos costado toda la Sangre de su Unigénito; y que —a pesar de nuestra poquedad y de nuestra miseria— nos quiere corredtores con Cristo. Es —o puede ser— el inicio de una llamada divina particular, dentro de la común vocación cristiana, cuando el Señor muestra —a la persona que llama— perspectivas que superan inmensamente sus aspiraciones humanas. Lo describe el autor, metafóricamente, en una sentida nota autobiográfica, que bien podríamos suscribir otros muchos:

«Me veo como un pobre pajarillo que, acostumbrado a volar solamente de árbol a árbol o, a lo más, hasta el balcón de un tercer piso..., un día, en su vida, tuvo bríos para llegar hasta el tejado de cierta casa modesta, que no era precisamente un rascacielos.

»Más he aquí que a nuestro pájaro lo arrebató un águila —lo tomó equivocadamente por una cría de su raza— y, entre sus garras poderosas, el pajarillo sube, sube muy alto, por encima de las montañas de la tierra y de los picos de nieve, por encima de las nubes blancas y azules y rosas, más arriba aún, hasta mirar de frente al sol... Y entonces el águila, soltando al pajarillo, le dice: —anda, ¡vuela!...

»—¡Señor, que no vuelva a volar pegado a la tierra!, ¡que esté siempre iluminado por los rayos del divino Sol —Cristo— en la Eucaristía!, ¡qué mi vuelo no se interrumpa hasta hallar descanso en tu Corazón!» (n. 39).

El alma que ha sido agraciada con la vocación cristiana, que es llamada a la santidad, si es consecuente, desea vivir junto a Cristo, que eso es ser santo; corresponder siempre y en todo a la gracia que Dios derrocha en ella; amar hasta el sacrificio. Y, del amor, nace una actitud que será guía de todo el camino espiritual: «amo la Voluntad de mi Dios: por eso, en completo abandono, que Él me lleve como y por donde quiera» (n. 40).

Enseguida se descubre que la respuesta a ese requerimiento divino exige una pelea constante. *Lucha* es precisamente el título del segundo capítulo de este libro. Un combate sin estruendo en la palestra de la vida ordinaria, porque «ser santo (...) no es hacer cosas raras: es luchar en la vida interior y en cumplimiento heroico, acabado, del

deber» (n. 60). Raramente pide el Señor a las almas grandes y definitivas batallas; les pide más bien «el heroísmo de hacer con perfección las pequeñas cosas de cada día: como si de cada una de esas acciones dependiera la salvación del mundo» (n. 85). En efecto, aunque la materialidad de las obras sea de escasa monta, la virtud del que las realiza puede y debe alcanzar muy alto grado. Afirma el autor: «para quien quiere vivir de Amor con mayúscula, el término medio es muy poco, es cicatería, cálculo ruin» (n. 64).

Lucha, en primer lugar, por adquirir una sólida vida interior: «cada uno, personalmente, debe dialogar sin interrupción con el Señor» (n. 74). Monseñor Escrivá de Balaguer dedica muchas consideraciones a la vida de oración, a la Santa Misa como centro y raíz de la vida espiritual, al amor a la Virgen... Insiste en la necesidad de ser constantes en el cumplimiento de las prácticas de piedad, necesarias para progresar a lo largo de este camino de identificación con Cristo. «Con tu vida de piedad, aprenderás a practicar las virtudes propias de tu condición de hijo de Dios, de cristiano» (n. 86). No hay tiempo que perder, en este aprendizaje: «No esperes a la vejez para ser santo: ¡sería una gran equivocación!», urge el autor de *Forja*. Y añade, a renglón seguido: «Comienza ahora, seriamente, gozosamente, alegremente, a través de tus obligaciones, de tu trabajo, de la vida cotidiana...» (n. 113).

El enfoque de esta lucha por ser santo, para el Fundador del Opus Dei, es siempre positivo: no se trata sólo de evitar caídas, sino principalmente de adquirir y desarrollar virtudes, hábitos estables en los que se manifiesta de modo práctico el amor a Dios. Y entonces, por gracia divina, se siente horror al pecado, aunque sea venial; y se entiende por qué «es nuestra guerra divina una maravillosa siembra de paz» (n. 106). «Tu vida, tu trabajo, no debe ser labor negativa, no debe ser “antinada”. Es, ¡debe ser!, afirmación, optimismo, juventud, alegría y paz (n. 103).

Entre los medios para no cejar ni desorientarse en la pelea interior, Monseñor Escrivá de Balaguer señala el examen de conciencia —«necesidad de amor, de sensibilidad» (n. 110)— y la dirección espiritual: «ama y busca la ayuda de quien lleva tu alma. En la dirección espi-

ritual, pon al descubierto tu corazón, del todo —¡podrido, si estuviese podrido!—, con sinceridad, con ganas de curarte; si no, esa podredumbre no desaparecerá nunca» (n. 128).

Necesarias eran estas advertencias porque, mientras vivimos en la tierra, esa pelea nos trae también *Derrotas*; así se llama el tercer capítulo de este libro. Es una llamada a la constancia, al espíritu deportivo en la lucha ascética: «el buen deportista no lucha para alcanzar una sola victoria, y al primer intento. Se prepara, se entrena durante mucho tiempo, con confianza y serenidad: prueba una y otra vez y, aunque al principio no triunfe, insiste tenazmente, hasta superar el obstáculo» (n. 169). En la vida espiritual, explica el autor con frases ardientes, las caídas no son nunca un descalabro irremediable; han de llevarnos a pedir perdón con humildad y agradecimiento, al ver cómo nos aguanta y cómo nos ama Jesús. «Señor, ¡cuántas veces, caído, me levantaste y, perdonado, me abrazaste contra tu Corazón!» (n. 173). Su experiencia de las almas y del Amor divino, hace estampar a Monseñor Escrivá de Balaguer —en perfecta sintonía con la tradición ascética de la Iglesia— esta frase decidida: «si tus errores te hacen más humilde, si te llevan a buscar con más fuerza el asidero de la mano divina, son camino de santidad: “felix culpa” —¡bendita culpa!, canta la Iglesia» (n. 187).

Ante la experiencia de las derrotas en la vida espiritual, el alma podría sentirse inclinada al desaliento: ¡es tan difícil ser santo! Quizá se vea tentada a abandonar la lucha, a mitigar el esfuerzo, olvidando que Jesús ha dicho que el Reino de los Cielos se conquista con la fuerza, y sólo lo alcanzan quienes se hacen violencia a sí mismos⁶. El autor sale al encuentro de este peligro en el siguiente capítulo: *Pesimismo*.

«Rechaza tu pesimismo y no consientas pesimistas a tu lado. —Es preciso servir a Dios con alegría y con abandono» (n. 217), escribe. Fue una constante en la predicación del Fundador del Opus Dei: bien sabe el Señor, que nos ha creado, de qué pasta estamos hechos; y como a pesar de todo nos ha llamado, la única actitud razonable es el agra-

⁶ Cfr. *Mt* 11, 12.

decimientto y la confianza en que nos dará los medios para vencer, pues su Voluntad no puede ser vana.

Previene también al lector, en esta serie de puntos, contra una tentación corriente: la desazón por el aparente retroceso en el camino espiritual o por la falta de frutos en el apostolado. «Mientras haya lucha interior, ese pensamiento pesimista es sólo una falsa ilusión, un engaño, que conviene rechazar.

»—Persevera tranquilo: si peleas con tenacidad, progresas en tu camino y te santificas» (n. 223).

Tampoco admite decaimiento ni freno ante las dificultades externas: no sería más que falta de fe, de esperanza y de amor; no darnos cuenta de que es el Señor el que actúa a través de nosotros. Muchas veces le oí predicar lo que anota en uno de estos puntos: «la solución es amar. San Juan Apóstol escribe una palabras que a mí me hieren mucho: «qui autem timet, non est perfectus in caritate». Yo lo traduzco así, casi al pie de la letra: el que tiene miedo, no sabe querer.

»—Luego tú, que tienes amor y sabes querer, ¿no puedes tener miedo a nada! —¡Adelante!» (n. 260).

Las dificultades son compañeras inseparables del cristiano que se toma en serio su fe, según predijo el Señor. No han de extrañarnos. Más aún, son garantía del verdadero éxito: «Si no hay dificultades, las tareas no tienen gracia humana..., ni sobrenatural. —Si, al clavar un clavo en la pared, no encuentras oposición, ¿qué podrás colgar ahí?» (n. 245).

Gran progreso ha hecho el alma cifrando su esperanza en Dios y convenciéndose de que nada pueden contra su querer los obstáculos internos y externos. Pero el Espíritu Santo le sugiere metas más altas de santidad y apostolado. No hay límites en este camino: *sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial*⁷. Y ante este panorama sin confines, puede asomar en el alma —que poco a poco va conociendo con más claridad la hondura de su propia incapacidad y miseria— un sentido de desconfianza, humanamente lógico: ¿no soy capaz! El ejemplo del águila y del pajarillo, antes citado, puede aplicarse mil veces

⁷ Mt 5, 48.

a lo largo de la vida, porque Dios continuamente nos eleva a donde no podríamos llegar con nuestras fuerzas. Por eso, Monseñor Escrivá de Balaguer inculcó sin tregua en las almas aquel *possumus!* de los hijos de Zebedeo⁸, un grito que no nace de la presunción, sino de la humilde confianza en la omnipotencia divina. He aquí el sentido del quinto capítulo: *¡Puedes!*

«Busca la unión con Dios, y llénate de esperanza» (n. 293). Es ésta la clave de la osadía sobrenatural que el autor propone. «Morir un poco a mí mismo, cada día» (n. 289), sugiere como propósito; desechando toda pretensión de autosuficiencia o de autonomía en la vida sobrenatural. Y siguen, en buena lógica, una serie de consideraciones sobre la vida de infancia espiritual, que no es ñoñería ni camino sensiblero, sino un modo recio de vivir la filiación divina, sintiéndose muy pequeño delante de Dios. No quiso el Fundador del Opus Dei imponer a sus hijos —ni a ningún alma— este camino de la infancia espiritual: deseaba que cada uno anduviese su propia senda, bajo la guía del Paráclito, aunque todas han de fundarse en esa piedra angular del espíritu cristiano, que Dios quiso que constituyera, de modo especial, el fundamento del espíritu del Opus Dei: la filiación divina.

Transcribo uno de esos puntos, porque pienso que manifiesta, con una sucesión de imágenes plásticas, ese espíritu de humildad, de confianza, de abandono filial. «Niño, pobre borrico: si, con Amor, el Señor ha limpiado tus negras espaldas, acostumbradas al estiércol, y te carga de aparejos de raso y sobre ellos pone joyas deslumbrantes, ¡pobre borrico!, no olvides que “puedes”, por tu culpa, arrojar la hermosa carga por los suelos..., pero tú sólo “no puedes” volvértela a cargar» (n. 330). Gustaba a Monseñor Escrivá de Balaguer la imagen del borrico, un animal poco vistoso, humilde, trabajador incansable, que mereció el honor de llevar en triunfo a Jesucristo por las calles de Jerusalén.

El mismo fenómeno de sencillez y de confianza absoluta en nuestro Padre Dios, lleva al apóstol-niño a embarcarse en desproporcionadas aventuras de evangelización. «Ante el inmenso panorama de

⁸ Cfr. *Mc* 10, 39.

almas que nos espera, ante esa preciosa y tremenda responsabilidad, quizá se te ocurra pensar lo mismo que a veces pienso Yo: ¿conmigo, toda esa labor?, ¿conmigo, que soy tan poca cosa?

»—Hemos de abrir entonces el Evangelio, y contemplar cómo Jesús cura al ciego de nacimiento: con barro hecho de polvo de la tierra y de saliva. ¡Y ése es el colirio que da la luz a unos ojos ciegos!

»Eso somos tú y yo. Con el conocimiento de nuestra flaqueza, de nuestro ningún valer, pero —con la gracia de Dios y nuestra buena voluntad— ¡somos colirio!, para iluminar, para prestar nuestra fortaleza a los demás y a nosotros mismos» (n. 370).

La imagen del burro, perseverante, obediente, sabedor de su indignidad, sirve al autor para introducir los dos siguientes capítulos: *Otra vez a luchar y Resurgir*. Monseñor Escrivá de Balaguer anima al lector a adquirir y ejercitar una serie de virtudes que, con agudo sentido de la observación, había sabido descubrir en el borrico de noria desde que era muy joven: «humilde, duro para el trabajo y perseverante, ¡tozudo!, fiel, segurísimo en su paso, fuerte y —si tiene buen amo— agradecido y obediente» (n. 380).

A fuerza de corresponder a la gracia de Dios, con fidelidad y contrición, el alma se torna más y más sensible a cuanto pueda herir de algún modo el Amor divino. Sale del corazón un grito que no es queja, porque está empapado de humildad: «¡oh, Señor, siempre en los comienzos!» (n. 378). No es que el alma no avance, sino que nunca llega a conformarse del todo con su divino Modelo. Incluso, a veces, el Señor puede permitir tropezones mayores, que no arruinan la vida interior si hay humildad y se vuelve de inmediato al camino. Éste es el sentido de un lema que solía proponer Monseñor Escrivá de Balaguer: «la vida espiritual es —lo repito machaconamente, de intento— un continuo comenzar y recomenzar (n. 384).

«Padre, me has comentado: yo tengo muchas equivocaciones, muchos errores.

»—Ya lo sé, te he respondido. Pero Dios Nuestro Señor, que también lo sabe y cuenta con eso, sólo te pide la humildad de reconocerlo, y la lucha para rectificar, para servirle cada día mejor, con más vida

interior, con una oración continua, con la piedad y con el empleo de los medios adecuados para santificar tu trabajo» (n. 379).

De nuevo insiste en la necesidad de la contrición, fuente de los verdaderos propósitos de mejora, que es la que mueve a «recomenzar» con confianza, porque Dios nos sigue amando y sirviéndose de nosotros. Es el momento de advertir al lector sobre los peligros de la tibieza, la necesidad del desprendimiento de las cosas —aun buenas y santas— de la tierra, la urgencia de una continua purificación interior, la conveniencia de acudir a los amigos de Dios, para que sean nuestros intercesores: la Virgen y San José, el Ángel Custodio, los Apóstoles que siguieron tan de cerca al Maestro... Como fruto de este perpetuo resurgir, la vida interior se expande en ansias de una labor apostólica cada vez más amplia: notas apasionadas sobre el amor a la Iglesia y a las almas ponen fin al capítulo.

En continuidad con cuanto se ha dicho hasta ahora, el capítulo titulado *Victoria* versa sobre la humildad, clave del triunfo en la vida sobrenatural. «Humillándote, Él vencerá en ti, y alcanzarás la victoria» (n. 606).

La humildad, para el Fundador del Opus Dei, no es apocamiento ni estrechez de espíritu. Por humildad, como ya he señalado, se emprenden las grandes empresas apostólicas, y sólo si hay humildad y rectitud de intención se llevan a cumplimiento. El autor ilustra esta idea con un recuerdo de la instalación de la nueva sede del primer Centro de la Obra, la Residencia de Ferraz, en Madrid. Corría el año 1936, y ni la situación de la España de entonces, ni la juventud de la Obra, ni la absoluta penuria de medios hubieran aconsejado aquella iniciativa, que mereció a los ojos de muchas personas prudentes la calificación de locura. Pero aquellos *locos* confiaban en la victoria de quien deja obrar a Dios. «Recuerdo con emoción el trabajo de aquellos universitarios brillantes —dos ingenieros y dos arquitectos—, ocupados gustosamente en la instalación material de una residencia de estudiantes. En cuanto colocaron el encerado en una clase, lo primero que escribieron los cuatro artistas fue: «Deo omnis gloria!» —toda la gloria para Dios.

»—Ya sé que te encantó, Jesús» (n. 611).

Buena experiencia acumuló Monseñor Escrivá de Balaguer de cómo paga Dios —haciéndolo fructificar— lo poco que los hombres podemos hacer por Él. Aquí recoge otras de sus más repetidas máximas: «Dios no se deja ganar en generosidad» (n. 623).

Estrechamente ligada a la humildad —como es norma clásica de la praxis cristiana— propone la obediencia. «Convéncete de que, si no aprendes a obedecer, no será eficaz» (n. 626). Porque obedecer a quien en nombre de Dios dirige nuestra alma y encauza el apostolado es abrirse a la gracia divina, dejar actuar al Espíritu; es humildad. Obediencia, pues, a Dios mismo. Y, por Dios, a su Santa Iglesia. No ve el autor otro camino: «persuádetes, hijo, de que desunirse, en la Iglesia, es morir» (n. 631). Es otra de las *ideas-madre* en la predicación de Monseñor Escrivá de Balaguer: no separar a Cristo de su Iglesia, no separar al cristiano de Cristo, a quien está místicamente unido por la gracia. Sólo así la victoria es siempre segura. «No podemos atribuirnos nunca el poder de Jesús, que pasa entre nosotros —afirma con plena certeza y, al mismo tiempo, con profunda humildad—. El Señor pasa, y transforma las almas, cuando nos ponemos todos junto a Él, con un solo corazón, con un solo sentir, con un solo deseo de ser buenos cristianos; pero es Él, no tú, ni yo. ¡Es Cristo que pasa!

»—Y además, se queda en nuestros corazones —¡en el tuyo y en el mío!—, y en nuestros sagrarios.

»—Es Jesús que pasa, y Jesús que se queda. Permanece en ti, en cada uno de vosotros y en mí» (n. 673).

Cuando estas disposiciones arraigan profundamente en el alma, el cristiano está en condiciones de realizar una honda labor apostólica. Lo explica el Siervo de Dios en los setenta y dos puntos del capítulo *Labor*. Dos ideas principales sirven de polos a tan importante materia.

La primera es que el cristiano que busca la santidad en el mundo, realiza esa labor en y desde el cumplimiento de sus deberes habituales, en primer lugar el trabajo profesional. «Por la enseñanza paulina, sabemos que hemos de renovar el mundo en el espíritu de Jesucristo, que hemos de colocar al Señor en lo alto y en la entraña de todas las cosas.

»—¿Piensas tú que lo estás cumpliendo en tu oficio, en tu tarea

profesional?» (n. 678). Y en otro momento recuerda: «No cabe olvidar que el trabajo digno, noble y honesto, en lo humano, puede —y debe!— elevarse al orden sobrenatural, pasando a ser un quehacer divino» (n. 687). Enseñanza ésta que se halla en la entraña misma del espíritu del Opus Dei.

Junto con el trabajo, han de convertirse en instrumento de santidad personal y de apostolado todas las realidades nobles de los hombres. «Admira la bondad de nuestro Padre Dios: ¿no te llena de gozo la certeza de que tu hogar, tu familia, tu país, que amas con locura, son materia de santidad?» (n. 689). Así, se refiere también en varios puntos al matrimonio y a la familia; y luego, a los deberes ciudadanos. Porque «ha querido el Señor que sus hijos, los que hemos recibido el don de la fe, manifestemos la original visión optimista de la creación, el «amor al mundo» que late en el cristianismo» (n. 703).

No deja de recordar el autor que, para *divinizar lo humano*, se requiere una profunda vida interior: de lo contrario, se correría el riesgo de *humanizar lo divino*. La misma colocación de este capítulo en el libro dice mucho de la importancia que Monseñor Escrivá de Balaguer concede a la vida interior. Hay un punto que me parece especialmente significativo: «de la vida oculta de Jesucristo has de sacar esta otra consecuencia: no tener prisa..., ¡teniéndola!

»Es decir, antes que nada está la vida interior; lo demás, el apostolado, todo apostolado, es un corolario» (n. 708). Insistió mucho a lo largo de su vida en que los treinta años que transcurrió Jesús en el taller de Nazaret —la mayor parte de su paso por la tierra— no pueden considerarse una simple preparación para los tres de vida pública, pues también en esos años de vida oscura e ignorada realizó Nuestro Señor su misión redentora.

A imitación de esos años de vida normal en Nazaret, enseñó que la vida activa y la contemplativa no sólo no se oponen, sino que se exigen la una a la otra. «Nunca compartiré la opinión —aunque la respeto— de los que separan la oración de la vida activa, como si fueran incompatibles.

»Los hijos de Dios hemos de ser contemplativos: personas que, en medio del fragor de la muchedumbre, sabemos encontrar el silencio

del alma en el coloquio permanente con el Señor: y mirarle como se mira a un padre, como se mira a un Amigo, al que se quiere con locura» (n. 738).

Dios pide cada vez más. Sigue atrayendo al alma que ya ha asimilado cuál es el secreto de la eficacia, que no tiene miedo de recomenzar cuantas veces sea preciso, dócil al querer del Señor. Se sienten ansias de purificación, de depurar la ganga del espíritu —los afanes terrenos— hasta identificarse totalmente con el Amado. Hemos llegado al capítulo *Crisol*: como se mete el mineral de hierro en el fuego, para separar el metal fino de la escoria, así Dios introduce el alma en el crisol de las tribulaciones. «Señor, yo te pido que obres en este pecador, y que rectifiques y purifiques, y acrisoles mis intenciones» (n. 800).

Crisol es la búsqueda de una identificación más estrecha con Jesucristo, mediante su meditación y el amor a la Cruz, sabiendo que Jesús «se hace Cirineo nuestro, para que la carga resulte ligera» (n. 764). Amor a la Cruz, con discreción, sin buscar un miserable pago humano: «Señor, quiero el sufrimiento, no el espectáculo» (n. 765). Muy orientadoras resultan aquí estas puntualizaciones: «señales inequívocas de la verdadera Cruz de Cristo: la serenidad, un hondo sentimiento de paz, un amor dispuesto a cualquier sacrificio, una eficacia grande que dimana del mismo Costado de Jesús, y siempre —de modo evidente— la alegría: una alegría que procede de saber que, quien se entrega de veras, está junto a la Cruz y, por consiguiente, junto a Nuestro Señor» (n. 772).

Las contradicciones, las incomprendiones —a veces de donde menos se esperan— forman parte también de ese crisol divino. «“In silentio et in spe erit fortitudo vestra” —en el silencio y en la esperanza residirá vuestra fortaleza..., asegura el Señor a los suyos. Callar y confiar: dos armas fundamentales en el momento de la adversidad, cuando se te nieguen los remedios humanos.

»El sufrimiento soportado sin queja —mira a Jesús en su Santa Pasión y Muerte— da también la medida del amor» (n. 799). Ésa fue siempre norma clara de conducta para el Fundador del Opus Dei y lo será siempre para sus hijos.

Crisol es también la Sagrada Eucaristía, donde el alma —al contacto con la Humanidad y la Divinidad de Jesucristo— purifica los restos de sus pecados y se enciende al rojo vivo en amor, al considerar el anonadamiento de Dios en la Hostia Santísima: «Jesús, tu locura de Amor me roba el corazón. Estás inerte y pequeño, para engrandecer a los que te comen» (n. 825). Nace de aquí otra orientación fundamental de la edificación interior: «has de conseguir que tu vida sea esencialmente, ¡totalmente!, eucarística» (n. 826).

Cuanto más plena es la identificación con Cristo, más apremiante se torna el afán apostólico, porque «la santidad —cuando es verdadera— se desborda del vaso, para llenar otros corazones, otras almas, de esa sobreabundancia» (n. 856). Por eso, en el siguiente capítulo —*Selección*—, el libro vuelve a centrarse en el apostolado.

Selección de afanes, en primer lugar, para que sólo domine el de llevar almas a Dios. «Afirmas que quieres ser apóstol de Cristo.

»—Me da mucha alegría oírte. Pido al Señor que te conceda perseverancia. Y recuerda que, de nuestra boca, de nuestro pensamiento, de nuestro corazón, no han de salir más que motivos divinos, hambre de almas, temas que de un modo u otro llevan a Dios; o, por lo menos, que no te apartan de Él» (n. 909).

Poco antes había escrito: «Tienes obligación de llegarte a los que te rodean, de sacudirles de su modorra, de abrir horizontes diferentes y amplios a su existencia aburguesada y egoísta, de complicarles santamente la vida, de hacer que se olviden de sí mismos y que comprendan los problemas de los demás.

»Si no, no eres buen hermano de tus hermanos los hombres, que están necesitados de ese «*gaudium cum pace*» —de esta alegría y esta paz, que quizá no conocen o han olvidado» (n. 900). Es llevar a sus últimas consecuencias el mandamiento nuevo, trayendo a los hombres el mayor bien: la caridad de Cristo. Y, como queda dicho, toda acción apostólica ha de nacer de la abundancia de vida interior. «Si falta la piedad —ese lazo que nos ata a Dios fuertemente y, por Él, a los demás, porque en los demás vemos a Cristo—, es inevitable la desunión, con la pérdida de todo espíritu cristiano» (n. 890).

Cuando ha asimilado bien estos principios, el apóstol cristiano

necesita un corazón grande como el de Cristo, en el que quepan todos. «Jesús hará que tomes a todos los que tratas un cariño grande, que en nada empañará el que a Él le tienes. Al contrario: cuanto más quieras a Jesús, más gente cabrá en tu corazón» (n. 876). Se detesta entonces toda estrechez, cualquier intento de particularismo y, más aún, de bandería. Monseñor Escrivá de Balaguer siempre consideró el nacionalismo como un mal, y aun —en ocasiones— como un pecado, porque «dificulta la comprensión y la convivencia: es una de las barreras más perniciosas de muchos momentos históricos.

»Y recházalo con más fuerza —porque sería más nocivo—, si se pretende llevar al Cuerpo de la Iglesia, que es donde más ha de resplandecer la unión de todo y de todos en el amor a Jesucristo» (n. 879).

No raramente permite el Señor que los suyos atisben la fecundidad de su vida ya en esta tierra. Otras veces les premia con una fe profunda, que les asegura de la eficacia de su esfuerzo, aunque sean otros los que recojan los frutos. Las dos caricias divinas se dieron en la vida del Fundador del Opus Dei. Pero el capítulo *Fecundidad* no busca ilusionar con ese premio, sino recordar de nuevo, con la experiencia del camino recorrido, cuáles son las raíces de la eficacia. «Cuando pisotees de veras tu propio yo y vivas para los demás, entonces serás instrumento apto en las manos de Dios» (n. 915); «el apostolado deja de ser fecundo sin la oración y la mortificación, que mueven el Corazón Sacratísimo de Cristo» (n. 919); «si eres fiel a los impulsos de la gracia, darás buenos frutos» (n. 920). En resumen, para ser fecundo hay que esforzarse por dar «a cada instante —aun a los aparentemente vulgares— vibración de eternidad» (n. 917). Se entrelazan en este capítulo dos actitudes típicas del alma madura: un insaciable afán de almas —«¡ninguna!, puede resultarte indiferente» (n. 951)— y el ansia —también insaciable— de unión con Dios.

«“Qui sunt isti, qui ut nubes volant, et quasi columbae ad fenestras suas?” —¿quiénes son éstos que vuelan como nubes, como las palomas hacia sus nidos?, pregunta el Profeta. Y comenta un autor: “las nubes traen su origen del mar y de los ríos, y después de una circulación o carrera más o menos larga, vuelven otra vez a su fuente”.

»Y te añado: así has de ser tú: nube que fecunde el mundo, hacién-

dole vivir vida de Cristo... Estas aguas divinas bañarán —empapándolas— las entrañas de la tierra; y, en lugar de ensuciarse, se filtrarán al atravesar tanta impureza, y manarán fuentes limpiísimas, que luego serán arroyos y ríos inmensos para saciar la sed de la humanidad. —Después, retírate a tu Refugio, a tu Mar inmenso, a tu Dios, sabiendo que seguirán madurando más frutos, con el riego sobrenatural de tu apostolado, con la fecundidad de las aguas de Dios, que durarán hasta el fin de los tiempos» (n. 927).

Pero el ansia de Dios no puede saciarse en esta tierra. Se anhela la unión definitiva en la *Eternidad*. Hemos llegado al último capítulo del libro, que recoge lo principal de la predicación del Siervo de Dios sobre los novísimos. Al estilo paulino, y de modo especialmente intenso en los últimos años de su vida, Monseñor Escrivá de Balaguer sentía juntamente la aspiración de abrazar cuanto antes a su Amor en el Cielo —¡cuántas veces repitió *vultum tuum, Domine, requiram!*⁹—, y el deseo de servirle eficazmente mucho tiempo en la tierra. La solución la encuentra, como siempre, en el abandono: «no conformarse solamente con la Voluntad de Dios, sino adherirse, identificarse» (n. 1.006). Así, puede escribir: «morir es una cosa buena. ¿Cómo puede ser que haya quien tenga fe y, a la vez, miedo a la muerte?... Pero mientras el Señor te quiera mantener en la tierra, morir, para ti, es una cobardía. Vivir, vivir y padecer y trabajar por Amor: esto es lo tuyo» (n. 1.037).

Establece de este modo una perfecta continuidad en la vida de los hijos de Dios: «la felicidad del Cielo es para los que saben ser felices en la tierra» (n. 1.005). Es el premio que Jesucristo prometió a sus seguidores¹⁰: hijos en la tierra e hijos en el Cielo. Felices aquí, con una felicidad relativa, y plenamente dichosos en la vida eterna.

La muerte se ve como un «cambio de casa». Más aún: «no temas la muerte. ¡Es tu amiga!» (n. 1.035). Amiga no sólo porque abre las puertas de la eterna bienaventuranza, sino también porque resulta un continuo acicate para rectificar la intención y adquirir visión sobrenatural. «¡Visión sobrenatural! ¡Calma! ¡Paz! Mira así las cosas, las

⁹ Ps 26, 8.

¹⁰ Cfr. Mt 19, 29.

personas y los sucesos..., con ojos de eternidad (n. 996). Y, junto a esta perspectiva divina, una invitación a considerar la vida presente con el más crudo realismo: «procura acostumbrarte a esa realidad, asomándote con frecuencia a tu sepultura: y allí, mira, huele y palpa tu cadáver podrido, de ocho días difunto.

»—Esto recuérdalo, de modo especial, cuando el ímpetu de tu carne te perturbe» (n. 1.035). Buen resumen de esta actitud ante la eternidad me parece el punto 1.034, en el que el autor recuerda una experiencia vivida en los años 30. «¡Cómo amaba la Voluntad de Dios aquella enferma a la que atendí espiritualmente!: veía en la enfermedad, larga, penosa y múltiple (no tenía nada sano), la bendición y las predilecciones de Jesús: y, aunque afirmaba en su humildad que merecía castigo, el terrible dolor que en todo su organismo sentía no era un castigo, era una misericordia.

»—Hablamos de la muerte. Y del Cielo. Y de lo que había de decir a Jesús y a Nuestra Señora... Y de cómo desde allí “trabajaría” más que aquí... Quería morir como Dios quisiera..., pero —exclamaba, llena de gozo— ¡ay, si fuera hoy mismo! Contemplaba la muerte con la alegría de quien sabe que, al morir, se va con su Padre» (n. 1.034).

Hemos llegado al final de *Forja*. Nuestras almas, metidas en esta fragua del Amor de Dios, se habrán hecho mejores, habrán perdido un poco de la ganga que tenían. Monseñor Escrivá de Balaguer nos ha guiado por los caminos de la vida interior. Lo ha hecho con paso seguro, como quien conoce el terreno palmo a palmo, porque lo ha recorrido muchas veces. Y me atrevo a asegurarte, amigo lector, que si tú y yo nos lanzamos de verdad a recorrer esta senda, comenzando y recomenzando cuantas veces sea preciso, también nosotros llegaremos al final de nuestra carrera con paz y alegría, como he visto morir al Fundador del Opus Dei, seguros de ser acogidos en los brazos de nuestro Padre del Cielo.

Tenemos, no lo olvides, la protección de la Santísima Virgen. Vamos a acudir a Ella, diciéndole con palabras de Monseñor Escrivá de Balaguer, que siempre la trató con tierno afecto filial: «¡Madre!: haz que busque a tu Hijo; haz que encuentre a tu Hijo; haz que ame a tu Hijo... ¡con todo mi ser!» (n. 157).

© by EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.